

¿GUERRAS JUSTAS?

José Antonio Aguilar

Walzer, Michael, *Just and Unjust wars*, Basic Books, Nueva York, 1992. (Guerras justas e injustas, Paidós, Barcelona, 2001).

En una carta dirigida al editor de la revista *Letras Libres* (octubre de 2001) un lector afirmaba: “en ningún texto serio de filosofía política, la violencia, en cualquiera de sus formas, es descartada ni tomada como un elemento de maldad *per se*. Al contrario, la violencia en cualquiera de sus manifestaciones es parte de la naturaleza humana”. Esta aseveración contradice una certeza moral que poco a poco se ha instalado entre nosotros: toda violencia es perniciosa y condenable. El credo pacifista proclama que en el mundo moderno ninguna guerra puede ser justa. Es comprensible que a los huérfanos del marxismo, acostumbrados a pensar que la violencia es la partera de la historia, les moleste la condena categórica de la guerra. Pero no es necesario comulgar con esa ideología para reconocer que la violencia no siempre es inmoral. Eso fue precisamente lo que hizo Michael Walzer, un filósofo moral de primera línea, en su libro *Just and unjust wars* (Basic Books, 1992) publicado por primera vez en 1977. Es una paradoja que esta obra, que sistematiza las reglas de la guerra, fuera un producto de la protesta contra la intervención norteamericana en Vietnam. La mayoría de los opositores a la participación de Estados Unidos en ese conflicto compartía un vago senti-

miento de que esa guerra era injusta, pero no sabían explicarlo cabalmente. Muchos activistas simplemente creyeron que la guerra, en sí misma, era un mal. De ahí la consigna hippie: “haz el amor, no la guerra”. Pero ese pacifismo de la viscera era, desde un punto de vista filosófico, muy poco satisfactorio. La inmoralidad inherente de la guerra le parece a Walzer una idea equivocada y peligrosa. Es claro que en la historia hay casos de guerras justas. La violencia fue necesaria para derrotar a uno de los mayores males conocidos por la humanidad: el nazismo. Las muertes de los soldados aliados, aunque trágicas en sí mismas, no podían lamentarse como un desperdicio sin sentido. Walzer se percató de que lo que había que determinar era *cuándo*, *bajo qué condiciones morales*, la guerra no era un crimen sino una acción justa. Sólo estableciendo un parámetro normativo sería posible juzgar a una guerra en particular. La de Vietnam debía ser injusta porque no cumplía con el paradigma de la guerra justa. Eso fue precisamente lo que se propuso Walzer en su libro. Y hoy es más relevante que nunca.

Sistematizar las normas formales e informales que históricamente han gobernado a la guerra significó una tarea titánica. Más aún si el objetivo no era compilar un almanaque de derecho público internacional sino elaborar un tratado de filosofía política. Aunque diversos autores en la tradición neoescolástica medieval se ocuparon de los conceptos de la guerra justa y el tiranicidio, Walzer reconoció que sus escri-

tos sólo eran un punto de partida. A los textos de Vittoria y otros había que añadir el cuerpo de normas más recientes. Las guerras, además de muerte y destrucción, producían entendimientos morales que luego eran confirmados o negados en conflictos subsiguientes. A pesar de la naturaleza contradictoria de este *corpus* normativo, Walzer cree poder discernir algunas ideas centrales que conforman lo que él llama la “convención” de la guerra.

Si en un extremo se halla el pacifismo ramplón *hippie*, en el otro hay una especie de nihilismo moral: la doctrina de que “la guerra es un infierno”. Cuando en el transcurso de la guerra civil norteamericana el general unionista Sherman cometió actos de barbarie insólitos, como la destrucción de Atlanta, se disculpó con el argumento de que la guerra era un infierno, un espacio donde no podía haber reglas éticas. Sherman afirmó que: “la guerra es crueldad y no es posible refinar a la crueldad”. Una vez comenzadas las hostilidades, todo vale. Walzer no acepta esta justificación. Aun en el infierno de la guerra hay un sentido moral que prohíbe ciertos actos.

¿Cuándo es justa una guerra? Walzer recupera una antigua distinción que ayuda a responder a esta interrogante. Se trata de las categorías *jus ad bellum* y *jus in bello*. Una cosa es la justicia *de la guerra* y otra la justicia *en la guerra*. En lo concerniente a la primera noción, cualquier uso de la fuerza, o amenaza de su empleo, por parte de un Estado contra la soberanía política de otro constituye una agresión y es un

acto criminal. Todos los Estados tienen derecho a una existencia política autónoma y libre. La defensa de ese derecho es la única razón para pelear. La agresión justifica dos tipos de respuesta: la autodefensa del Estado agredido y la asistencia de otros miembros de la comunidad internacional para repeler al agresor. Una vez contenido, el Estado criminal puede ser castigado. Sólo la agresión justifica el empleo de la violencia en la sociedad internacional. Las diferencias políticas o religiosas no son causa suficiente para iniciar una guerra.

Las intervenciones, aunque a menudo amenazan la integridad territorial y la independencia política de un Estado, no constituyen una agresión. La intervención a veces es un acto justificado. Cuando es evidente que dentro de las fronteras de un Estado hay dos o más comunidades políticas en conflicto, cuando otro Estado ya está involucrado militarmente en la situación interna de un país o cuando las violaciones a los derechos humanos son masivas, la intervención es lícita. El primero de estos argumentos fue empleado por los Estados Unidos para intervenir en Vietnam: el norte había agredido al sur pronorteamericano. Sin embargo, afirma Walzer, el gobierno de Saigón no contaba con el consentimiento de su propio pueblo. A pesar de toda la asistencia militar y económica de los americanos, ese régimen fue incapaz de someter a sus ciudadanos. No era un gobierno legítimo y lo único que lo mantenía en pie era la asistencia de Estados Unidos. Según Walzer, “la guerra de Vietnam fue, en pri-

mer lugar, una intervención injustificada y, en segundo, fue conducida de una manera tan brutal que aun si inicialmente hubiera sido defendible, tendríamos que condenarla, no en un aspecto particular, sino en su conjunto”.

Una guerra justa, afirma Walzer, es una guerra que *debe* ser ganada: existe el imperativo moral de la victoria. Vale la pena morir defendiendo valores críticos, como la independencia política, la libertad común o la vida humana. Las guerras que defienden estos valores están justificadas. Los soldados que mueren en ellas no han desperdiciado sus vidas. Pero, ¿cuáles son los fines legítimos de una guerra justa? Muchas veces la consecución de objetivos bélicos no implica una derrota total y la caída del gobierno del estado vencido. No siempre es razonable exigir la rendición incondicional. Cuando no es necesario continuar el conflicto la lucha debe cesar, pues ha dejado de ser justa. Las muertes que se producen más allá de ese punto son gratuitas e injustificables.

Pero ¿qué hay sobre la justicia *en la guerra*? ¿Existen conflictos justos donde se lucha de manera injusta? Según Walzer, el propósito de la “convención” de la guerra es establecer los deberes de los Estados beligerantes, de los comandantes de los ejércitos y de los soldados en relación con la conducción de las hostilidades. Y estos deberes son exactamente los mismos para quienes emprenden guerras de agresión y de autodefensa. La justicia *de la guerra* es aquí irrelevante. Un criterio utilitario rige

la conducción de las hostilidades. Sólo son lícitas aquellas acciones que tienden materialmente a lograr la victoria. El daño debe ser proporcional a la meta bélica: si para tomar una ciudad sólo es necesario bombardear sus defensas, su destrucción completa es injusta. Una vez que ha iniciado la lucha, los soldados pueden ser atacados en cualquier momento, a menos que sean capturados o heridos. De la misma manera, los no combatientes no pueden ser atacados en ningún momento. Sin embargo, no están prohibidas aquellas acciones militares que de forma no intencional producen bajas civiles. Los bombardeos a lo largo del frente de batalla y en apoyo de tropas es permitido por el derecho internacional. E incluso el intercambio de fuego indiscriminado es lícito en la zona de combate. No obstante, los soldados deben hacer todo lo posible por evitar la muerte de la población no combatiente. Y a este efecto deben correr riesgos. Ese es, después de todo, su trabajo. La “convención” de la guerra requiere que los soldados acepten riesgos personales. No deben aumentar su propia seguridad a expensas de la vida de gente inocente. La regla es absoluta: la autopreservación ante el enemigo no es una excusa para violar las reglas de la guerra. Sólo aquellos riesgos que amenazarían seriamente el futuro de una campaña militar son inaceptables.

La “convención” de la guerra incluye principios que pueden ser materia de abuso, como la noción de que un Estado puede tomar legítimamente represalias contra

la agresión de otro. Y existen aquellos casos en los cuales la necesidad suprema, una emergencia, puede justificar la violación de las normas de la guerra. ¿Pueden los soldados y los hombres de Estado pasar por encima de los derechos de gente inocente en aras de su propia comunidad política? Walzer responde con enormes reservas de manera afirmativa. La supervivencia y la libertad de comunidades políticas son los valores más altos de la sociedad internacional. Eso, arguye Walzer, fue precisamente lo que hicieron los británicos durante la segunda guerra mundial. Cuando la victoria de Hitler parecía cierta en Europa y la invasión de Inglaterra inminente, los ingleses decidieron bombardear de manera indiscriminada las ciudades alemanas. Su blanco era la población no combatiente y su propósito era destruir la moral civil de los alemanes. Era, en una palabra, una campaña de terror lanzada como una medida desesperada de último recurso. Los líderes ingleses debieron asumir ese crimen necesario. Pero la justificación sólo es válida mientras dure la emergencia. La continuación de los bombardeos a las ciudades alemanas después de que el curso de la guerra cambió a favor de los aliados fue un acto criminal inexcusable e injusto. ¿Es posible aducir la misma disculpa en el caso de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki por los norteamericanos? Walzer no lo cree. ¿Qué gran mal, qué imperiosa necesidad justificaba el uso de la bomba atómica en Japón? Es cierto que sólo un acto de destrucción masiva lograría la rendición incon-

dicional de ese país. Pero ese objetivo no estaba justificado moralmente. Lo que era necesario era su derrota, no una capitulación total. A diferencia de la victoriosa Alemania en 1940, los japoneses en 1945 estaban ya derrotados. No amenazaban la supervivencia política de los Estados Unidos, como sí lo hacía Hitler con Inglaterra. Es lícito romper las normas de la guerra sólo cuando el no hacerlo implicaría no sólo una derrota, sino la extinción de una comunidad política. Mas no cuando lo que está en juego es la rapidez de la victoria.

Para Walzer resulta claro que los soldados y sus oficiales no están –y no deben estar– exentos de responsabilidad por sus acciones. No son meros instrumentos de la guerra: el gatillo siempre es parte del rifle, no es parte del hombre que lo jala. Los militares no están obligados por ninguna fuerza sobrenatural a matar a personas inocentes: “sólo un hombre al que le apuntan con una pistola a la cabeza deja de ser responsable de sus acciones”.

Lo que Walzer tiene que decir acerca del terrorismo es particularmente interesante. El propósito del terrorismo es “destruir la moral de una nación o de una clase, minar su solidaridad; su método es el asesinato al azar de gente inocente. El azar es la característica crucial de la actividad terrorista”. Los terroristas de antes de la segunda guerra mundial asesinaban usualmente a líderes políticos. Los ciudadanos ordinarios no eran un blanco legítimo. Sin embargo, los terroristas modernos desean matar precisamente a la gente común y co-

riente. No seleccionan a ninguna persona en particular, sino que ponen en la mira a grupos enteros de gente, de manera indiscriminada. Sus nombres y ocupaciones son irrelevantes; sus muertes sólo son un mensaje de temor a otros como ellos. Ciertamente, afirma Walzer, “existen momentos en la historia en los cuales la lucha armada es necesaria en aras de la libertad humana. Pero si se desea que la dignidad y el auto-respeto sean el resultado de esa lucha, ésta no puede consistir en ataques terroristas a niños”. ¿Qué hay sobre la estrategia de la resistencia no violenta? Me refiero al rechazo tajante a emplear la violencia, aun en casos de flagrante agresión. Para Walzer esta opción sencillamente no es realista: “cuando uno libra una guerra ‘sin armas’, uno hace un llamado para que los que sí tienen armas actúen de manera contenida. No es muy probable que esos hombres, soldados sujetos a la disciplina militar, vayan a ser convertidos al credo de la no violencia”.

Podemos ahora volver a la carta del lector que abre este ensayo. Después de señalar correctamente que la violencia no puede ser simplemente descartada a rajatabla, continuaba de esta manera: “En este sentido, el terrorismo de Estado que veladamente ejercía el gobierno estadounidense, a partir de su presencia militar, en diversas formas, creó un resentimiento. Y recordemos a Octavio Paz: el resentimiento desaparece cuando la solución violenta lo borra, es casi su única salida”. Creo que la reflexión moral de Michael Walzer nos

da pistas para comprender lo absurdo y equivocado de este argumento. Si bien es cierto que la violencia y la guerra pueden ser justas, nada de lo aducido es suficiente para justificarlas. La idea de que la violencia borra el resentimiento es sólo una ilusión asesina que haríamos bien en descartar. La guerra a veces puede ser un instrumento de la justicia, pero nunca de la venganza. ❧

UNA HISTORIA DE GUERRA

Luis Medina Peña

John Keegan, *A History of Warfare*, London, Pimlico, 1993, 432 pp.

John Keegan es sin duda alguna el historiador militar más famoso vivo hoy en día. Profesor durante muchos años de la materia en Sandhurst, la academia militar inglesa, construyó su fama profesional no sólo por su erudición en el tema, sino por haber revolucionado la forma de enfocar la historia militar. Sus obras, que no son pocas, tienen el mérito de haber superado la visión estrecha, clásica entre los historiadores militares, de analizar guerras y batallas bajo aspectos tácticos y estratégicos. Keegan, en cambio, haciéndose preguntas simples pero fundamentales sobre la naturaleza de la guerra, ha sido capaz de revisar materiales conocidos e incorporar otros nuevos para construir respuestas e hipótesis interesantes y novedosas. “¿Cómo percibe el soldado la batalla?” fue la pregunta que gobernó su indagación, cuyo resultado consignó en

su obra más conocida, *The Face of War*. Después de dar respuesta a la pregunta, ésta le condujo de forma natural a la siguiente: “¿Cuál es la naturaleza del liderazgo militar?”, asunto que analiza en *The Face of Command*.

En *History of Warfare*, Keegan procede de igual manera que en sus estudios anteriores. Ahora la pregunta es “¿Qué es la guerra?”, cuestión de no poco calibre, a la cual asocia otras subordinadas que le sirven de goznes en la escritura de sus reflexiones. A diferencia de sus libros anteriores, *History...* no es una obra de indagación, sino una obra de síntesis; no encontrará el lector materiales de primera mano en ella. Está hecha con fuentes secundarias. Casi puede uno adivinar que Keegan vertió en ella todas las lecturas que debió hacer para dar sus cursos en Sandhurst. Lo cual no impide que *History...* sea un estudio no sólo apasionante, sino revelador y, sobre todo, de gran actualidad para tratar de entender las nuevas guerras. Pero vayamos por partes.

Como decíamos, a la pregunta ¿Qué es la guerra? asocia otras de manera subordinada, pues sólo así se puede abordar históricamente un ámbito tan amplio. Como primera pregunta subordinada, el autor plantea la siguiente: ¿Está en la naturaleza humana ser agresivo? Es obvio que únicamente recurriendo a la antropología, al estudio de las culturas primitivas extintas y existentes, se puede intentar un principio de respuesta. Keegan encuentra que ese tipo de culturas —que van de los aztecas a los habitantes de las Islas de Pascua— al hacer la

guerra normalmente la sujetaban a una serie de rituales que, en esencia, implicaban una reglamentación y contención de los efectos de la violencia. Se trata por consiguiente de un ritual que modera al conflicto y ésta es la primera respuesta. Necesaria pero insuficiente porque queda pendiente la siguiente cuestión: ¿La guerra, como expresión del conflicto humano, es producto de un instinto agresivo o está determinada por factores externos al individuo? La tesis implícita en la obra de Keegan es que la guerra, históricamente hablando, bien en su desarrollo o bien en la limitación de sus efectos, ha estado siempre condicionada y determinada por factores externos, llámense geografía, economía, necesidad de espacio, así como por la cultura, sea en su dimensión religiosa o ideológica. Si unimos ambos argumentos la tesis es clara: la guerra es un producto cultural.

Hasta aquí no hay grandes novedades en los planteamientos de Keegan, pues giran en torno de cuestiones que han sido tratadas hasta el cansancio por autores clásicos y modernos. Las novedades empiezan cuando el autor aborda las “formas de hacer la guerra”, que no deben ser confundidas con la estrategia militar, aunque ésta algo tenga que ver con ellas. De acuerdo con el autor, la forma occidental de hacer la guerra fue durante mucho tiempo asumida como la única, casi como un paradigma. De aquí la crítica de Keegan a von Clausewitz, considerado para todo efecto el autor más acabado de la teorización sobre la guerra, basada en el regimiento e identificada como

la forma extrema de ejercer la política. Producto puro de la Ilustración, Clausewitz fue además padre ideológico de la primera guerra mundial. Sin embargo, para Keegan las premisas básicas de von Clausewitz no son históricamente sostenibles, pues si la guerra constituye un producto cultural es posible identificar diversas formas de hacer la guerra según el tipo de culturas que las han producido. Y todas, y este parece ser el punto nodal del argumento, están o siguen vigentes de alguna manera en la actualidad.

Para Keegan hay tres formas fundamentales de hacer la guerra: la esteparia, la oriental y la occidental. Éstas, a su vez, están determinadas, en lo que a factores externos se refiere, por razones demográficas, económicas y sociales, por un lado, y por innovaciones tecnológicas, por otro. Entre ellas, por cierto, hay préstamos culturales, influyéndose mutuamente. Histórica y geopolíticamente, la madre de todas las formas de hacer la guerra, por así decirlo, se ubica para Keegan en las estepas, esa zona que se localiza en otra mayor que queda entre el océano Ártico al norte y los Himalayas al sur; los valles irrigados de China al este y los Cárpatos al oeste. Se trata de una zona de 15 mil millas cuadradas de pastizales, que alentaron la formación de comunidades nómadas y pastoriles, cuya aportación a la guerra fue la domesticación del caballo y la invención del arco compuesto. Los habitantes de las estepas dieron origen a una forma de hacer la guerra basada en la horda, en el valor personal y en el encuentro a distancia, nunca cuerpo a cuerpo, gracias

a la velocidad de la montura para el guerrero y la letal eficacia del proyectil impulsado por el arco reforzado con tendones animales para incrementar la tensión. Esta forma de hacer la guerra valora el desgaste del enemigo pero a la distancia, acepta la escaramuza y no desprecia la retirada veloz cuando el objetivo no se cumple; y habría de enfrentarse a otras formas propias de culturas sedentarias, agrícolas e hidráulicas. Las hordas asolaron a las culturas sedentarias orientales y europeas desde que se empezó a escribir la historia hasta las postrimerías del siglo XVII. En su momento, a esta peculiar cultura guerrera, el islam le proporcionaría una ideología escatológica, única, que hizo santa la guerra contra el infiel. Con excepción de la pólvora y el encuentro cuerpo a cuerpo, la forma de hacer la guerra propia de la estepa pasó a Occidente, pero no a Oriente, todas y cada una de las aportaciones e innovaciones que constituyen la forma moderna según el ideal clausewitziano: la campaña a largas distancias, la organización burocrática, el proyectil, la flexibilidad táctica y las maniobras de alta velocidad, la mutualidad entre guerrero y montura, la idea de que la guerra es una actividad autónoma por ser exclusiva del guerrero.

Lo característico de la forma oriental de hacer la guerra fue la ética confuciana que llevó a esas sociedades a producir una clase guerrera, en donde el valor personal estaba en relación con el perfeccionamiento espiritual del guerrero, pero que conformaba una clase que mantenía el monopolio so-

bre las armas. Esencialmente defensiva (el ejemplo concreto más evidente es la muralla china), esta forma de hacer la guerra llevó no pocas veces a su derrota ante las hordas; sin embargo, la civilización china fue capaz, por su peso específico frente la endeble cultura de las estepas, de terminar incorporando a los conquistadores. Esto deja de ser cierto a partir del siglo XIX con el apogeo de las guerras imperiales, en las cuales se impone el peso de la tecnología.

La forma occidental de hacer la guerra, según Keegan, empieza con Grecia, las falanges y el encuentro cuerpo a cuerpo para solucionar rápidamente el desenlace entre las ciudades-estado griegas. Los griegos, en particular los atenienses, aportan el concepto de las operaciones anfibia, en las que la fuerza naval colabora con los ejércitos de tierra para derrotar a un enemigo poderoso. Sin embargo, la infantería, y no la caballería, es el cuerpo central de esa forma griega de hacer la guerra (Grecia no tiene pastizales suficientes para mantener caballos). La falange, formación cerrada que ataca con lanzas, es perfeccionada por los romanos al introducir la manipula (pelotón), aligerar la armadura y crear el cuerpo profesional de oficiales (centuriones). La legión romana, que echa mano en forma marginal de la caballería y de los arqueros como armas auxiliares, es la formación adecuada a las necesidades políticas de la república, y después del imperio, para extender sus territorios y asegurar sus fronteras. La legión constituye una organización de alta disciplina, fun-

damentada en el entrenamiento constante de un soldado profesional; pero es a la vez una organización de ingeniería militar. Las vías romanas para asegurar su rápido desplazamiento, así como la logística, los castros de pernocta y las fortificaciones de fronteras, son obra del legionario romano. Es una forma de organización militar que preludia y anuncia al ejército moderno pero que decae durante la Edad Media.

La barbarización del imperio y el consecuente fraccionamiento político y militar de Europa darán lugar a la adopción, al estilo oriental, de una élite militar que monopoliza las armas a través de códigos de honor y rituales de acceso, pero que muy pronto cae en las dudas religiosas sobre la guerra justa. La reconquista de los lugares santos es la solución al dilema moral: frente al Jihad islámico, la cruzada cristiana. La tecnología, sin embargo, es la condicionante externa que viene a derrotar la opción elitista del guerrero-caballero en Occidente. En la cultura occidental, y su forma de hacer la guerra, es en donde mejor se adoptan, adaptan y desarrollan las innovaciones tecnológicas. El acero, la adecuación de la caballería para actuar en unión con la infantería, la pólvora y todas sus consecuencias llegan a hacer de Europa (y después a los Estados Unidos) la potencia imperial que se impone al resto del mundo, incluidas las sociedades esteparia y oriental. La legión renace en el regimiento, gracias a la recuperación de los autores clásicos durante el Renacimiento. Occidente inventa no

sólo el ejército profesional moderno, sino que además teoriza sobre su forma de hacer la guerra y la convierte en prototipo para el resto del mundo a partir de los escritos de Clausewitz: "la guerra es la continuación de la política por otros medios". En realidad, Keegan escribe este libro para combatir esta idea, este prototipo, que ha regido la formación y la conducción de los asuntos militares durante casi doscientos años. Dos son sus conclusiones al respecto. Una, no hay sólo una filosofía de la guerra. Otra, la bomba atómica causó la preclusión de lo militar; en consecuencia: la política debe continuar, la guerra no. A estas conclusiones llegó Keegan en 1993 cuando la caída del socialismo real y la globalización económica permitían un aserto de esa naturaleza. No faltaban ya, sin embargo, autores que sostenían el advenimiento de una nueva época en las motivaciones de guerras futuras con base en razones étnicas y religiosas. Luego de la crisis de los Balcanes, pero sobre todo después del 11 de septiembre de 2001, cabe preguntarse si la conclusión de Keegan es aún válida, si no es necesario regresar a la reflexión para ver en qué tipo de guerra estamos metidos. Después de todo, la guerra declarada por los fundamentalistas islámicos es, a la vez, una nueva Jihad y una nueva guerra proveniente de las estepas, pero que no tiene solución política, ya que se trata de un nihilismo apocalíptico (según Michael Ignatieff) que no busca objetivos negociables sino la destrucción de un mundo a sus ojos injusto y pecaminoso. ❧

KOSOVO: ADMINISTRANDO LA GUERRA A TRAVÉS DE LA PROFECÍA DE AUTOREALIZACIÓN

Charles W. Parker

Clark, Wesley K. *Waging Modern War: Bosnia, Kosovo, and the future of Combat*, Nueva York, Public Affairs, 2001, 479 pp.

Daalder, Ivo H. y Michael E. O' Hanlon, *Winning Ugly: NATO's War to save Kosovo*, Washington, Brookings Institute Press, 2000, 343 pp.

Halberstam, David, *War in a true of peace: Bush, Clinton, and the Generals*, Nueva York, Scribner, 2001, 543 pp.

De acuerdo con los postulados del clásico *Principios de guerra*, un texto de la era postnapoleónica que hoy se imparte en los cursos de estrategia militar del ejército estadounidense, la decisión de entrar a una guerra debe basarse en objetivos claros y contar con una unidad de mando cuya capacidad operativa permita un uso masivo de fuerzas y su adecuada diversificación, recurrir al factor sorpresa, y una fuerza de seguridad y maniobrabilidad, todo con el objetivo de maximizar las probabilidades de éxito. Para el ejército estadounidense estos principios alcanzaron particular importancia después de la experiencia de Vietnam, donde faltó una estrategia de evacuación, aunada a una obstrucción de las operaciones militares, reglas que impedían una mayor involucración en el combate y la falta de apoyo de la opinión pública a las tropas.

Traducción del inglés: Lizeth Galván Cortés.

Y años después, tras el triunfo de la operación Tormenta del Desierto (cuando sí fueron bien definidos y ejecutados), salieron aún más fortalecidos debido al fracaso de la intervención somalí de 1993. Estas experiencias se habían grabado profundamente en la psique del liderazgo estadounidense para 1992, momento en que la crisis Yugoslava se desarrolló y floreció.

La relativa pasividad de la administración Clinton frente a la “limpieza étnica” desatada durante las guerras de Yugoslavia, llevó a que los Estados Unidos fueran criticados severamente por su inactividad. Ciertamente, mientras Clinton, moldeado en lo civil por sus manifestaciones pacifistas contra la guerra de Vietnam, se mostró muy prudente ante cuestiones militares y tímido para emprender acciones contra el líder serbio Slobodan Milosevic, al Pentágono tampoco le parecía muy agradable la idea de ir a dar a un nuevo “atolladero”. Sin embargo, los Estados Unidos terminaron interviniendo militarmente, junto con sus socios de la OTAN, para detener los conflictos en Bosnia en 1995 y Kosovo en 1999. El conflicto de Bosnia terminó en un acuerdo de paz y en un despliegue de la fuerza pacificadora de la OTAN, sólo después de la intervención estadounidense y del apoyo indirecto de una ofensiva croata contra los serbios. Kosovo sirvió de escenario para que la OTAN llevara a cabo las primeras operaciones militares de su historia con el fin de detener las atrocidades de Milosevic. Sin embargo, como lo afirmó el general Wesley Clark, quien comandó las tropas de la

OTAN en la operación de Kosovo, “cuando la campaña comenzó, se violaron casi todos los principios de cómo debe ser llevada una guerra”.

Esta reseña analiza por qué los Estados Unidos y la OTAN, a pesar de las lecciones aprendidas en conflictos anteriores, se enfrentaron al conflicto de Kosovo en una forma tan imprevista y ambigua. Los tres libros reseñados son admirables y merecen ser leídos. En conjunto ofrecen un resumen redondeado de la primera guerra de la OTAN y un recuento de la operación Kosovo desde tres distintos enfoques: el de un comandante (Clark), el de respetados analistas político-militares (Daadler y O’ Hanlon) y el de un reconocido periodista de larga trayectoria (Halberstam).¹ Los tres examinan minuciosamente el desarrollo y la ejecución del conflicto Kosovo, la campaña aérea y el acuerdo de las fuerzas de la OTAN para la preservación de la paz. Igualmente, registran, el conflicto que vivió la administración Clinton al enfrentarse a la crisis y aportan reflexiones de sus implicaciones para el futuro.

¹ El libro de Halberstam da un panorama de las relaciones entre la Casa Blanca y el Pentágono durante las diversas crisis de 1989 a 1999, como su título lo indica. No se enfoca únicamente en Kosovo, a diferencia de otros libros, es más una narración a manera de historia que un análisis de los eventos. Aun así su detalle en cuanto a las carreras, acciones y relaciones de los principales líderes es un antecedente clave para comprender la dinámica de la toma de decisiones en la crisis de Kosovo, así como para otras crisis del mismo periodo.

Sin embargo, ninguno de ellos expone de manera completa cuáles habrían sido las implicaciones para la OTAN (bajo la presión diplomática rusa de retirar fuerzas serbias de Kosovo) si Milosevic no hubiese cedido después de los 78 días de bombardeo. Al final de este reseña retomaré este punto, señalando cómo este escenario pudo haber significado una catástrofe potencial para los aliados de la OTAN y para el liderazgo militar de los Estados Unidos. Por lo pronto revisaremos cómo enfocan dichos autores la ejecución de la guerra.

LA PRIMERA "GUERRA" DE LA OTAN

Clark anota en sus recientes memorias sobre la guerra de Kosovo que: "nunca se nos permitió llamarle guerra", lo cual sintetiza en una frase todas las ambigüedades de una campaña que, no obstante, culminó en una "victoria". Según Clark, el modelo napoleónico de la segunda guerra mundial, enfocado en ganar territorio y ejecutar, a través de una movilización nacional, la aniquilación del enemigo, no siempre ha regido como norma en las guerras a lo largo de los siglos pasados. "La guerra moderna" —continúa Clark— es más "limitada" y se caracteriza por una mayor restricción geográfica, así como de alcance y de armamento". Cada medida de intensificación es minuciosamente detallada. Las maniobras diplomáticas y las "medidas para construir confianza" son herramientas utilizadas con el fin de persuadir al adversario a acatar una voluntad impuesta. La alta tecnología que se

refleja en la preocupación por los daños y las pérdidas militares y civiles, es usada de manera restringida. Las "comunicaciones instantáneas" brindan una nueva dimensión estratégica para conducir la guerra, algo bien sabido por Clark, que siempre buscaba manejar el "factor CNN" en temas como "daño colateral". La guerra llega a ser tan "restringidamente diplomática" (o más) que cualquier conflicto militar. Por último, la "victoria" es cuidadosamente definida y declarada al final.

De acuerdo con la gran mayoría de los informes, la OTAN sí ganó la confrontación en Kosovo y alcanzó sus objetivos básicos. Pero llegar a tal "victoria" fue un proceso doloroso que, como expuso un líder de la OTAN en una conferencia, resumiendo las lecciones aprendidas en campaña, "nunca quisieran repetir". La OTAN decidió lanzar la campaña aérea sólo después de muchas advertencias a Milosevic, desde 1992, y al comprender que no podía obligarlo a cumplir la orden de incluir a Kosovo (en realidad una parte de Serbia, a diferencia de las otras repúblicas yugoslavas) en los acuerdos de paz de Dayton de 1995 que terminaron con el conflicto de Bosnia, y al ser violado en 1998 el acuerdo de cese al fuego entre la OSCE y la OTAN, dirigido por el enviado estadounidense Richard Hoolbrooke, y el fallido acuerdo de Rambouillet entre serbios y kosovares-albaneses a principios de 1999. A pesar de que todo indicaba que las cosas se encaminaban hacia un conflicto más serio y a una crisis humanitaria, la OTAN y particularmente los Estados Unidos, en

su papel de líder, no estaban preparados cuando finalmente sucedió.

En realidad lo que ocurrió fue una continua “coerción diplomática” que se basaba, sin embargo, en ilusiones. Las políticas de la OTAN y de los Estados Unidos estaban basadas en las fútiles esperanzas de lograr sus objetivos sin dolor y sin arriesgar vidas. Estas esperanzas tuvieron sus altibajos entre 1995 y 1999. Primero se esperaba que Milosevic, quien era la clave para forzar un arreglo con los bosnios-serbios (a pesar de su ánimo previo para soldar el nacionalismo serbio con la acción militar contra croatas y musulmanes), sería un socio para resolver el conflicto de Kosovo. La segunda esperanza era que si Milosevic no llegaba a ser un socio en el proceso, eventualmente se retiraría bajo la amenaza de una campaña aérea. Una tercera posibilidad era que si los golpes militares limitados se emprendían, se retiraría en poco tiempo, toda vez que no hubiese sido amenazada su base de poder en Belgrado, a la vez que podría jactarse de haber enfrentado a la OTAN. La cuarta esperanza era que si la OTAN y los Estados Unidos intensificaban la campaña aérea, aun dando a entender que las tropas no serían utilizadas, esto alejaría a Milosevic, permitiendo potencialmente el despliegue de fuerzas de infantería. Y la quinta, si Milosevic no cedía a la amenaza de una invasión por tierra, sin un despliegue total entonces éste debería ser llevado a cabo. Sólo después de la intensificación del bombardeo en Belgrado, de los cada vez mayores rumores de un plan de invasión

por tierra y de la cooperación de Rusia con la OTAN para aislar a Milosevic, fue que la OTAN alcanzó sus objetivos. La OTAN y la administración Clinton ganaron su primera y única “guerra”, pero sólo después de tres meses de intensas campañas, 800 000 kosovares desplazados, la lucha de los 100 000 serbios de Kosovo y 12 000 muertos. Como Dadles y O’ Hanlon exponen atinadamente, ganar esta “guerra” fue algo “poco atractivo”.

EFFECTOS DE LA ESTRATEGIA

“AD HOC” DE KOSOVO

En la “parte estrecha del reloj de arena” (como llama a su situación Clark) entre los militares y políticos que tanto complicaron la campaña de Kosovo, se encontraba el general Clark. Su eficacia como comandante militar consistía en pedir recursos y apoyo, mientras que, al mismo tiempo, debía mantener la confianza y la ayuda de los europeos. Junto con el secretario general de la OTAN, Javier Solana, Clark enfrentaba el “reto crucial” de armonizar los intereses americanos y europeos mientras ejecutaba la campaña militar.

Podría pensarse que el reto más grande de esta “armonización” fue reunir a las diecinueve naciones miembros para acordar y aprobar una estrategia de acción conjunta. Ciertamente, Clark y Solana enfrentaron diversos retos en Bruselas. El acercamiento de la OTAN fue matizado por el hecho de que, a pesar de la amenaza de una guerra, no se pretendía desafiar a las fuerzas arma-

das serbias, provocando un cambio de régimen o la independencia de Kosovo. Factores históricos como los lazos comerciales o religiosos, la memoria de las cuantiosas bajas civiles por bombardeos en la segunda guerra mundial, y el hecho de que durante esa misma guerra Serbia fue aliado de algunas naciones actualmente en la OTAN y admirado enemigo de los soviéticos durante la guerra fría, hicieron que algunas naciones (particularmente Francia, Alemania y Grecia) temieran una campaña militar. Como miembros que tomaban decisiones dentro de la alianza, podían vetar cualquier propuesta militar o política de la OTAN, así que sus intereses debían ser escuchados. La estrategia en las negociaciones de Rambouillet, previas a los acuerdos de paz de 1999 y a los despliegues “preventivos”, la necesidad de una resolución de las Naciones Unidas antes de que comenzaran los choques aéreos, asegurando que el conflicto no se extendería a Bosnia (y a los 50 000 soldados de la OTAN que ya estaban ahí), aunado a la selección de blancos de bombardeo en Serbia y especialmente Belgrado, fueron temas que supusieron una tensión para la alianza durante la crisis.

A pesar de estas dificultades, Daalder y O’ Hanlon persuasivamente discuten que la OTAN sí ganó y alcanzó sus objetivos. Para ellos la OTAN fracasó al no constituirse en una amenaza más creíble en las negociaciones al comienzo de la guerra. Pero al final Milosevic entregó el control de Kosovo y reconoció su autonomía. Milosevic seguía en el poder, Kosovo seguía siendo

considerado parte de Yugoslavia y Milosevic consiguió que los rusos formaran parte del eventual KFOR para la fuerza de preservación de la paz. Sin embargo, queda la cuestión de si la derrota al final del conflicto fue abrumadora. Para Daalder y O’ Hanlon, dos factores críticos condujeron al triunfo eventual de la OTAN: la cohesión demostrada a lo largo de la crisis y el deseo de Rusia de estar a su lado y alcanzar una solución diplomática cuando esta cohesión les hizo reconsiderar el apoyo inicial a Milosevic. Un cuerpo de diecinueve naciones que toman decisiones consensuadas en tiempo de guerra, inevitablemente enfrenta problemas y conflictos. Pero, finalmente, el deseo básico de evitar más desestabilización, de aliviar el sufrimiento humano y especialmente de incrementar la credibilidad como alianza política-militar, no les permitía dejar impunes los actos de Milosevic.

Sin embargo, al resumir los tres libros, más conclusiones problemáticas pueden perfilarse acerca de la naturaleza del apoyo de los Estados Unidos a la campaña de Kosovo. Como Clark apunta atinadamente, él hubiese preferido que, con tal de ganar la guerra, el “blanco de su persistencia hubiese sido sólo el enemigo en vez de que también lo fuera el Pentágono”. Todos los autores apuntan a que el Pentágono fue un constante obstáculo para que Clark ejecutara la campaña. Como veremos a continuación, culpar al Pentágono por los problemas de Clark es un poco injusto, pero no completamente desacertado. Antes de adentrarnos en esto, es importante volver a las

raíces de los problemas de la administración Clinton con los asuntos políticos y militares de los Balcanes.

Como se dijo anteriormente, el liderazgo civil de Clinton tenía una extraña relación con el Pentágono, considerando en su pasado pacifista, la intención de que los homosexuales sirvieran abiertamente en el ejército, un mal manejo de la intervención en Somalia, las promesas de preservación de la paz, la presencia de tropas en Bosnia y muchos otros factores. Y, lo que es peor, mantenía relaciones cada vez más pobres con el Congreso.² Esto condujo a una desafortunada suposición por parte de los líderes claves de Clinton, como la consejera de Seguridad Nacional, Sandy Berger, y particularmente el secretario de Defensa, William Cohen, de que el Congreso y el público americano no apoyarían un involucramiento mayor en la crisis de Kosovo.³ Hubo una evidencia en el acuerdo de control de OSCE /OTAN en octubre de 1998, cuando la administración desaprobó que cualquier tropa de infantería de la OTAN se viera involucrada en Kosovo, lo que limitó severamente la negociación de Holbrooke con Milosevic para el cese al fuego.

Volvamos ahora a los *Principios de guerra*. La parte más riesgosa de la guerra, particularmente después de que la campaña aérea no funcionó, se debió a la falta de un consenso estratégico entre los líderes civiles de Clinton. Esto perjudicó directamente tanto al Pentágono como al liderazgo de la OTAN. Como Halberstam expone, la Casa Blanca entró de puntillas a la guerra por-

que era excesivamente sensible a aumentar la oposición en el Congreso y por el débil apoyo de la alianza a una campaña aérea. Aunque tampoco hubo un compromiso, como lo destacó Clinton en su discurso del 24 de marzo de 1999 para anunciar la campaña aérea: “No pretendo establecer tropas terrestres en Kosovo para pelear en la guerra”.⁴ En ese momento, la OTAN tenía ya 5 000 soldados alrededor del área de operación, lo que era totalmente inadecuado para lidiar en Kosovo en caso de que el ataque aéreo no lograra mover a Milosevic.

Halberstam hace referencia a cómo este comunicado fue dirigido en el último minuto, reflejando una política *ad hoc* por parte de Clinton. Aun así, tuvo un enorme efecto en la conducta de todos los actores de esta guerra. El Pentágono lo tomó como si se hubiera actuado con poca categoría, mientras que Cohen, secretario de Defensa, no hubiera permitido siquiera una planeación de fuerzas de tierra, temiendo que eso sería una señal de que admitía que la campaña aérea podía fracasar. Igualmente, la esperanza y las expectativas de aquel

² Cabe mencionar que estaba reciente el juicio a Clinton sobre el escándalo Lewinsky, el cual había causado un amargo debate político con la mayoría de la oposición en el Congreso.

³ La secretaria de Estado, Madeline Albright, era el halcón solitario en el Consejo Nacional de Seguridad de Clinton.

⁴ Esto evoca claramente un comunicado similar que emitió el presidente Johnson sobre Vietnam en 1964, cuando declaró: “no vamos a enviar a nuestros muchachos a combatir en una guerra en Asia”.

bombardeo dejarían solamente unos cuantos días para que los estrategas y comandantes de la OTAN limitaran, con gran frustración, sus posibilidades de pegarle duro a Milosevic, pues pensaban que esa era la única forma de hacerlo rendirse. Este vaivén de intenciones y dudas pudo haber conducido a Milosevic a subir la apuesta y a expulsar más agresivamente a los albaneses fuera de Kosovo. En resumen, al principio no hubo objetivos claros, unidad de mando, uso masivo de las fuerzas o el factor sorpresa para maximizar las probabilidades de éxito. La adecuada diversificación de fuerzas lidiaba con la falta de preparación de la OTAN para el choque, y la habilidad de maniobrar nunca se hizo presente por la falta de una verdadera amenaza en tierra. Sólo existía la seguridad en el sentido de limitar los choques aéreos desde unos 15 000 pies, por el temor de la mala publicidad que causarían los pilotos derribados y las bajas.

MICRO-GERENCIA EN MEDIO DE LA ESTRATEGIA DE LA NIEBLA BÉLICA

Reviviendo los días de Vietnam, la Casa Blanca también sometió a escrutinio y tuvo que aprobar cada blanco de bombardeo que propuso Clark. Esto, sin duda, condujo a que Clark lidiara con dos, y no solamente con un comité (el de la OTAN y el Consejo Nacional de Seguridad del Pentágono) para llevar a cabo sus acciones de guerra. Como comandante de operaciones, Clark debía luchar con su propia Junta de Jefes de

Equipo y a la vez supervisar los blancos de bombardeo, la planeación terrestre, el despliegue de helicópteros Apache, las apariciones de prensa, e incluso acudir a la celebración del 50 aniversario de la OTAN en Washington.

Fueron tres los factores que condujeron a tal contexto: primero, el fracaso político era alto para Clinton, dado el hecho de que ya mantenía deplorables relaciones con el Congreso. Como resultado, su equipo quería que el ejército se involucrara al mínimo en los Balcanes. Segundo, como Halberstam apunta astutamente, Clark tenía una mediocre relación profesional con el Pentágono, particularmente con los tres hombres de los que necesitaba mayor apoyo: Cohen, el presidente de la Junta de Jefes, Hugh Shelton, y el Jefe del Equipo de la Armada, Dennis Reimer. Tercero y más sorprendente, era que los líderes militares del Congreso se vieron influidos en gran medida por los líderes civiles, lo cual limitó el deseo de Clark de establecer más tropas y equipo en la operación de Kosovo. Esto se debió a los riesgos de verse involucrados en un terreno históricamente conocido como un atolladero, y especialmente por la preocupación de tener que expandir fuerzas armadas estadounidenses por el mundo entero.

Vale la pena profundizar en este último punto. Normalmente los líderes militares prefieren que el comandante de operaciones ejecute la misión sin tanta interferencia, y (de acuerdo con la ley de los Estados Unidos) que él o ella tenga contacto direc-

to con los líderes civiles. Pero Cohen no confió en Clark, y lo hizo lidiar con el equipo militar del Pentágono que se oponía a sus movimientos. No sólo los jefes de equipo se vieron acorralados por Cohen, también se acorralaron ellos mismos al estar demasiado preocupados por otros puntos potenciales (Corea e Iraq) y al multiplicar recursos para esas operaciones. Clark los culpa por encerrarse en una doctrina militar, mientras que su guerra era la única que estaba sucediendo en realidad. En gran medida él está en lo cierto, pues mientras el ejército concebía una planeación de acuerdo con guerras pasadas, el entorno en Kosovo no encajaba en sus planes ni con sus deseos de desplegar pequeños contingentes. Al final, Clark nunca tuvo la oportunidad de comprometer a Clinton directamente y sin restricciones en la estrategia global de la campaña, lo que fue un reflejo del entorno creada por el equipo de Clinton.

Pero el peso de las potenciales pérdidas de credibilidad de los Estados Unidos y la OTAN inmediatamente ayudaron a resolver muchos de los problemas de Clark. Fue sólo durante el 50 aniversario de la OTAN en 1999, después de un mes de bombardeos sin resultados reales, cuando los aliados de la OTAN hicieron públicos los objetivos que perseguían en esa guerra, y que la OTAN no podía permitirse perder. Aun así, Clinton y su equipo fueron reticentes a discutir la posibilidad de enviar tropas de infantería, y Cohen se lo prohibió expresamente a Clark mientras estaban en la conferencia.

La planeación para una acción terrestre fue hecha en una base limitada, y aun así no tenía ningún apoyo real. Fue sólo hasta el 23 de mayo cuando finalmente Clinton dio una señal inconfundible de que había considerado desplegar fuerzas terrestres en Kosovo si la campaña aérea no producía los resultados estimados. Para entonces el calendario trabajaba en contra de la reticencia de la OTAN de mover las fuerzas terrestres para presionar a Milosevic. Si no había ninguna opción de tierra y la campaña fracasaba, cientos de miles de refugiados pasarían el invierno en Macedonia y Albania, y la OTAN perdería tremendamente su credibilidad como alianza militar.

Para que Clark tuviera una alternativa de tierra necesitaba unos 175 000 soldados, y unos 75 días para desplegarlos y preparar la invasión de Kosovo desde Macedonia y Albania. También significaba que debía tomar una decisión el primero de junio para asegurar a los líderes de la OTAN y de los Estados Unidos que los objetivos de guerra estarían definidos antes de que llegara el invierno. Mientras el Pentágono y la Casa Blanca se mostraban aún reticentes a elegir dicha alternativa, sabían que tenían pocas probabilidades, pero al menos podían iniciar los preparativos. Peor aún, le hicieron entender a Milosevic, a través de los mediadores eventuales —el presidente finlandés Ahtisaari y el ex primer ministro ruso Chernomyrdin—, que la decisión de una alternativa terrestre era ya inminente. Al sentirse acorralado, Milosevic finalmente cedió. Después de un breve y relativo

periodo de negociación, la campaña aérea terminó y las tropas pacificadoras de la OTAN entraron a Kosovo el 12 de junio, pisándoles los talones a los serbios.

Asombrosamente, a lo largo de la campaña ninguna estrategia explícita emergió del liderazgo estadounidense según los *Principios de guerra*. Claramente, los líderes de los Estados Unidos señalaron sus expectativas de que la campaña aérea funcionaría, y se negaron incluso a considerar la planeación de fuerzas terrestres hasta muy tarde durante la campaña aérea. Al parecer, los Estados Unidos intentaron alcanzar sus objetivos a través de una profecía egocéntrica y ambiciosa. Al afirmar repetidamente que la campaña aérea funcionaría, sus esperanzas eran que pudiesen resolver la crisis con la suposición implícita de que Milosevic eligiera perder Kosovo antes de arriesgar su dominio en el poder. Finalmente los Estados Unidos y la OTAN sí alcanzaron sus objetivos, y en cierta forma, su profecía se hizo realidad. Pero esta falta de estrategia, junto con las líneas de los *Principios de guerra*, dejaron a los aliados alarmantemente vulnerables a una derrota en Kosovo.

UN ESCENARIO DE PESADILLA EN LA ESTRATEGIA DEL VACÍO

A pesar de la reticente voluntad de la administración Clinton a lanzar una operación terrestre, el hecho era que al final del bombardeo los Estados Unidos y la OTAN aún no tenían una estrategia plenamente

definida para la guerra. La “victoria” hizo a un lado muchas implicaciones. Pero esto deja un intrigante ¿qué hubiera pasado si...?, y posibles consideraciones sobre lo que pudo haber pasado si hubiera cambiado la dinámica de la campaña y tenido un resultado dramático.

Consideremos un escenario en el que para finales de mayo de 1999, Milosevic hubiera sentido que tenía poco que perder y hubiera decidido arrojar el guante, desafiar a la OTAN y proponer un acuerdo de negociaciones. Milosevic era bien conocido por sus drásticos cambios de humor y de políticas, así como por su uso de las negociaciones para retrasar las cosas, factor que se repitió constantemente a lo largo del conflicto de los Balcanes, en donde actuó como un hombre razonable para negociar pero también con una postura frecuentemente cambiante como hábil belicista y nacionalista. Su incremento y dominio del poder era en gran parte emocional y políticamente enlazado a Kosovo. Esa es una razón por la que estaba dispuesto a probar la voluntad de la OTAN sobre Kosovo y enfrentar el bombardeo en primer lugar, a diferencia de lo ocurrido en Bosnia. Como Clark apunta, uno de los argumentos que sostuvieron los franceses contra los Estados Unidos y contra las fuerzas de la OTAN sobre intensificar el bombardeo contra Belgrado, era que si Milosevic sentía que perdería demasiado su base de poder con el bombardeo, sería más desafiante.

Como un cuasi dictador, en teoría él sólo podía tomar tal decisión de arriesgar una

invasión de tierra. La única objeción real en este escenario sería que las fuerzas serbias lo siguieran. Uno podría imaginar a Milosevic apelando al nacionalismo del levantamiento de los serbios contra los turcos, en la Batalla de Kosovo en 1389, y declarando que ningún poder tenía el derecho de despojarlos de su patria ancestral.⁵ Si asumimos que sus fuerzas armadas hubieran seguido a Milosevic, eso hubiera situado a Clinton y a la OTAN en el predicamento de tener que atender nuevamente otra amenaza, lo que hubiese significado, en ese momento, un despliegue difícil y demasiado largo de 175 000 hombres.

Tal decisión hubiese tenido nuevas e imprevistas consecuencias para la OTAN por diversas razones. Primero, la decisión formal y el despliegue de tropas hubiese sido políticamente difícil, especialmente para países como Alemania y Grecia. Segundo, el plan para un despliegue completo dentro de los escasos 75 días, incluía un despliegue previo y masivo de logística y un esfuerzo de ingeniería. A Kosovo se podía entrar a través de los caminos montañosos del noreste de Albania y el estrecho a lo largo de las montañas del norte de Macedonia. Los caminos comunistas en Albania constituían un terreno difícil, y se hubiera necesitado un esfuerzo sobrehumano de los ingenieros militares para hacerlos transitables por equipo pesado y tanques. El cruce de la montaña desde Macedonia a Kosovo era fácilmente defendible y, por lo tanto, muy peligroso para cualquier entrada de las tropas de la OTAN. Aunado a es-

tos, el único puerto moderno adecuado para manejar la larga escala de la logística de bases marítimas requeridas en el área quedaba en Salónica, Grecia. El gobierno griego probablemente apoyaría a la OTAN, a pesar de los profundos recelos. Pero recientemente el puerto había experimentado huelgas sindicalistas contra la OTAN, incluso durante el reciente despliegue (todavía en tiempos de paz) de tropas y materiales. Era también un claro punto de obstrucción y un posible blanco de ataque terrorista, con el que los serbios se mostraron capaces de lograr y lo reiteraron en Macedonia. Finalmente, cualquier revuelta en Iraq hubiera dejado un estrecho margen para mantener tropas desplegadas en dos operaciones simultáneas.

Por ello una variedad de posibles retrasos, incluyendo problemas de ingeniería, cuellos de botella logísticos, problemas geopolíticos o el clima, pudieron dejar a las tropas de la OTAN poco preparadas para entrar a Kosovo a la llegada del invierno. En dos palabras, a pesar de las declaraciones de Clark de que un despliegue de fuerzas terrestres podría llevarse a cabo en 75 días, habían muchas posibilidades de no cumplir con ese plazo. Esto, aunado al panorama de un conflicto sangriento y miles de

⁵ Uno de los discursos políticos más dramáticos de Milosevic fue el que dio en los campos de "Blackbirds", justo afuera de Pristina, capital de Kosovo, cuando se conmemoraba el 600 aniversario de la batalla serbio-turca de 1389. En dicho discurso declaró a Kosovo como tierra serbia a pesar de que el 80% de su población era albanesa.

refugiados en Albania y Macedonia, hubiese conducido a un entorno político-militar complicado y problemático para la OTAN. La ambición de la profecía inicial, de que la campaña aérea funcionaría, habría terminado terriblemente mal.

Tal escenario hubiese dejado a los líderes de Estados Unidos y de la OTAN más preocupados sobre las tropas de infantería que cuando hicieron a un lado el asunto durante el periodo crítico desde finales de marzo a principios de mayo de 1999. Como Daadler y O' Hanon destacan al describir la victoria, los Estados Unidos y la OTAN hicieron "lo correcto en la forma incorrecta". Pero con un Milosevic intransigente,

forzando un despliegue de fuerzas de tierra de la OTAN, ahora los historiadores podrían estar escribiendo cómo la OTAN ganó la guerra "haciendo lo incorrecto en la forma incorrecta". Un fracaso en el liderazgo de la guerra, basada en proporcionar objetivos claros, unidad de mando y simpleza operativa que contara con el uso masivo de las fuerzas, el factor sorpresa, la diversificación adecuada de las fuerzas y de maniobra, hubiese sido la raíz del fracaso potencial de la OTAN. A pesar de la "victoria" en su primera "guerra", las lecciones de Vietnam, la Guerra del Golfo y Somalia, no fueron enteramente aprendidas en la ejecución. ❧